

# Presentación

Digámoslo desde el comienzo: aun cuando, todavía, haya quienes piensen que nos encontramos en el centro del universo, ser colombiano, con mayor razón ahora, en un mundo globalizado, significa ser provinciano.

Por eso, el estudio y análisis de las relaciones internacionales debe convertirse en propósito fundamental de la Academia. A pesar de tener la noticia al instante, nos parece lejana y nuestros medios de comunicación abundan en acontecimientos locales. Al fin y al cabo esta es una de las características del atraso.

Precisar las condiciones nuevas de las relaciones mundiales, significa, con base en la historia, situarnos en nuestro tiempo y vislumbrar el futuro. Las dos guerras del siglo xx parecen remotas, las rencillas de milenios en Europa quedaron atrás e inclusive el comunismo, como sistema de gobierno, ha desaparecido de la faz del planeta y volvió a convertirse en una utopía.

La tesis del equilibrio de fuerzas y poder que servía para conservar la paz, según los conceptos emitidos durante mucho tiempo, ha sido desechada cuando nos hallamos dentro de un momento histórico en el cual Estados Unidos de Norteamérica se ha convertido en la mayor potencia del globo y no obstante la existencia de la Organización de Naciones Unidas, con sede en Nueva York, sin su consentimiento realiza acciones bélicas en numerosos sitios, como en Irak, así siempre éstas se amparen en el manto de coaliciones con otros Estados, principalmente europeos. Este es, definitivamente, un mundo unipolar.

Pero Estados Unidos, solo, carece de capacidad para resolver los conflictos regionales y locales que se enredan por todas partes con motivaciones de índole económica y religiosa; tal es el caso del islamismo y del terrorismo vinculado a fuerzas cuyas razones chocan con la llamada civilización occidental. Cada día, numerosas naciones, solamente por la fuerza de la realidad, continúan obligatoriamente adheridas al esquema político mundial presente, mientras que China, el gigante dormido, despierta.



Rector Jaime Pinzón López

Resulta, además, impresionante la presencia de anacronismos que tratan de explicarse, todavía, como productos de la lucha contra el imperialismo y el capitalismo, en sitios apabullados por la pobreza. Para no ir más lejos, ese es el problema de la subsistencia de la guerrilla colombiana, con las denominadas "Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia" (Farc), sin discurso, mezcladas con el trasiego del narcotráfico, sin propuesta política, responsables de delitos de lesa humanidad y capaces de expresar en confusos comunicados que son un movimiento revolucionario comunista que pretende el cambio total e irreversible de las estructuras políticas, económicas y sociales del país, sin caer en cuenta de que ni el tiempo ni la historia pueden devolverse.

Hay nacionalidades y naciones, pero las fronteras se angostan. El computador, la Internet, la televisión, la telefonía digital, el avance de la aviación y de medios de transporte colectivo por mar y tierra cambiaron la dimensión de las relaciones internacionales. Empero, ellas siempre se dirigen, de una u otra manera, a Estados Unidos, y hasta las tensiones fronterizas en cualquier punto determinado del planeta, en el trasfondo, tienen que ver con la potencia.

Ya no existen los sistemas económicos puros, pero es un hecho incontrastable que el capitalismo, unido a la nueva tecnología, especialmente

en el campo de las comunicaciones, ha producido la concreción de las grandes transnacionales, no importa donde ellas operen, y convertido el comercio internacional en ejercicio de transacciones no entre Estados, o particulares, sino en operaciones que se ejecutan inclusive ellas mismas. Por eso, es imposible la vigencia, en la actualidad, de economías cerradas, y las negociaciones de Tratados de Comercio tienen aristas que ciertos dirigentes de los países atrasados no quieren reconocer, pero que son palpable realidad.

La desigualdad de oportunidades entre Estados y pueblos se incrementa y los desniveles en educación y uso de la tecnología llegan a proporciones inverosímiles, especialmente en América Latina y África, continentes que creen, con siglos de demora, que la solución a sus problemas reside en la discusión acerca de reformas constitucionales y legales, mientras que la violencia y la corrupción carcomen a sus habitantes, en dantesco cuadro que difícilmente hubiese podido imaginarse al empezar el siglo XIX, con la decadencia del colonialismo europeo.

Marx afirmó que la lucha de clases llevaría al final del capitalismo, pero ello no ocurrió precisamente porque la tecnología unida a éste se impuso sobre las desigualdades sociales y el proletariado fue incorporado al sistema en los países capitalistas. Puede afirmarse que la tecnología es capitalista e imperialista, lo cual dificulta el ascenso de las naciones pobres a condiciones de mayor igualdad internacional.

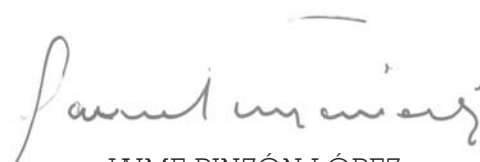
Desde luego los inventos, los avances en la medicina y el descubrimiento de nuevas herramientas han contribuido a que el ser humano camine por el planeta en forma diferente a la acostumbrada por nuestros antepasados, aun los más cercanos. E, indiscutiblemente, a que veamos la naturaleza que nos rodea con distintos ojos.

Es posible que las afirmaciones anteriores produzcan controversia; pero de eso se trata, al consignar temas claves sobre las relaciones internacionales en el nacer del siglo XXI, algunos de los cuales plantean incógnitas de importancia acerca del paso de nuestra civilización fundamentada en el petróleo a otra que, seguramente, tendrá relación con el carbón y con el agua, cuando el precioso líquido escasea ya en algunas regiones del orbe y los pesimistas sostienen que, por el ánimo destructivo de sus habitantes, cada día se disminuyen las perspectivas de vida en el mundo.

Se habla de relaciones internacionales y se toca un amplio campo de realidades, opiniones, contradicciones y especulaciones. Se vuelve a mencionar –siempre ha sido así a través de la historia– el punto de las ideologías, de la reforma de los organismos internacionales, de la pócima mágica para acabar con las guerras, del buen sentido que permita la aplicación del derecho humanitario y el respeto por los valores fundamentales del ser humano con propuestas serias y expresiones sinceras de acercamiento universal. Sin embargo, ello choca contra la actual realidad del uso de la tecnología presente y del mañana.

El esfuerzo por condensar temas y tratarlos con profundidad se comprueba a plenitud en los artículos que siguen, cada uno de ellos con las bases académicas necesarias, la bibliografía indispensable y las conclusiones adecuadas en cada caso, que, cotejadas con las demás, llevan al lector a enterarse de cuestiones trascendentales para la sociedad mundial. Ojalá que de su conocimiento nos acerquemos al estado actual de las relaciones internacionales que, por cierto, ya no son entre naciones por cuanto el término ha quedado pequeño ante el aglutinamiento de pueblos y de regiones, causado por razones diversas y por preocupaciones que alinderan razas y geografía, todas, no obstante, sometidas al brazo largo de la tecnología creativa y positiva. Lamentablemente esto no ha sido en beneficio de los miles de millones de hombres y mujeres que requieren de sus resultados si no de un sistema que no sabemos si es permeable al cambio, o susceptible de que se produzca sin llegar a extremos de confrontaciones violentas descomunales que, por reacción, producirían un retroceso dramático en el orden o desorden mundial que nos ocupa.

Este número de la Revista es un documento sólido y objetivo que mantiene un justo medio entre lo global y lo local, con autores destacados, que invita a la reflexión y al pronunciamiento individual y colectivo. ■



JAIME PINZÓN LÓPEZ  
RECTOR